

Mujer Perfume por María Frechilla

“Entonces una mujer, al saber que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de alabastro lleno de perfume, se puso detrás de Jesús junto a sus pies, y llorando comenzó a bañar con sus lágrimas los pies de Jesús y a enjugárselos con los cabellos de la cabeza, mientras se los besaba y se los ungía con perfume...” Lc 7, 37-38

Betania, tierra donde Jesús busca el reposo, junto a Marta

y María lugar de sororidad. Donde las mujeres se infiltran en los espacios públicos, reservados exclusivamente para varones, y a los pies de Jesús, escuchan su palabra.

Betania, espacio y tiempo donde ocurre el milagro de la resurrección y la vida contra todo pronóstico. Vida que desestabiliza y amenaza el *status quo*.

Hoy os invitamos, -antes de celebrar la Pascua-, a pasar por vuestra Betania: un espacio seguro, un abrazo amoroso, un encuentro entrañable, un café compartido,... y abrid ese espacio de seguridad a otras mujeres que se hayan podido sentir *leprosas* y excluidas. Porque venimos a ésta Betania cansadas e invisibilizadas, y hacemos nuestro el clamor de Marta: “Señor, si tú de veras estuvieras aquí, no hubiera ocurrido tanta muerte ignominiosa”.

Entonces, es precisamente en ese instante, cuando mirándonos a los ojos del alma de cada una, de cada uno, nuestro Señor de la Historia, nos pregunta: “¿Crees en mí?”

Y en ese tiempo, que es *Kayros*, el milagro ocurre, las mujeres y hombres de bien, llegamos a las puertas de la Pascua con lo más preciado que tenemos, nuestra propia vida; y nos abrimos, nos rompemos, nos derramamos atravesadas por el Misterio que nos habita.

Venimos a la Pascua de la Vida, a romper nuestra vida para entregarla en pos de una justicia que no acaba de llegar; con los cuerpos rotos de abuso de poder, la corporeidad derramada hasta el extremo de la reivindicación, sabiendo cual es el precio.

Y osamos publicamente a derramar el perfume, nuestra esencia más divergente y reivindicativa, llegando nuestro aroma hasta los confines de la Ekocasa. Y ese perfume depositado a los pies de Jesús, llenará la existencia de Vida dignificada y exuberante hasta que la igualdad se haga costumbre.

Casa en la que toda la humanidad tendrá un lugar digno y merecido.

Y en los pies de Jesús, perfumamos los pies de tantas mujeres vulneradas que secamos con nuestros propios cabellos.

Cierto es que a distancia algunos nos observan estáticos, sentados en la mesa epulona desde donde dejan caer migajas sobrantes, mientras critican con escándalo ¿Qué hacen aquí estas mujeres?!¡¡.

“Dejadlas en paz!!!”, resuena con indignación y rotundidad, “preparan mi Pascua”, el paso de tanta muerte a una vida digna”.

Pero para entonces, el perfume ya ha inundado toda la tierra; un perfume de amor con aroma a ternura y misericordia.